

La reunificación alemana*

LUIS VILLAR BORDA**

El otoño de 1989 sorprendió al mundo con la revolución pacífica en Alemania Oriental. Las escenas inolvidables del movimiento popular que dió en tierra con el régimen feudal-socialista impuesto a esa parte de Alemania, como consecuencia de la derrota bélica y la ocupación militar, recorrieron el mundo y quedaron grabadas para siempre en el recuerdo de cientos de millones de personas. Cada episodio de los que siguieron ininterrumpidamente en los meses posteriores adquirió carácter histórico, no sólo porque definía el futuro de Alemania, sino con el de esta poderosa nación en el corazón de Europa, el del viejo continente y el mundo entero. A partir de este cambio radical y sus consecuencias: la unidad alemana, la integración en la Comunidad Europea de una parte vital de la Europa del Este, la eliminación del factor más visible de la división entre Oriente y Occidente, el fin de la guerra fría y del orden establecido para la posguerra en Yalta y Postdam, el mundo no será el mismo. Fue, por una parte, la coronación de la nueva política de distensión de las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, la prueba de fuego de la perestroika de Gorbachov a nivel internacional, un nuevo estímulo para la integración europea y, del otro lado, la realización de un anhelo largamente sentido y temido, que tan pronto puede ser un elemento de aceleración de la comunidad y garantía de paz, también, si predominan las fuerzas renacentes del nacionalismo y el chovinismo, un peligroso factor de desestabilización y desorden. Al autor le ha tocado en suerte el privilegio de ser un testigo directo de estos sucesos, conocer muchos de sus actores, estar familiarizado con el paisaje político e intelectual de Alemania. Este libro es producto de esa experiencia

* La reunificación alemana es la introducción del libro *El último Embajador*.

** Profesor universitario, exparlamentario, fue el último Embajador de Colombia en la República Democrática Alemana (R.D.A.).

y no pretende ser más que eso: testimonio de una época convulsionada y llena de esperanzas, de esos raros momentos en que la historia de la humanidad se acelera y en los que en el espacio de días y aun de horas se protagonizan hechos y cambios que en situaciones normales exigirían décadas y aun siglos. Son momentos en los que toda previsión falla, en los que lo inesperado y extraordinario es lo normal y corriente. En estas páginas se reflejarán inevitablemente, escritas como fueron al correr de los días, las contradicciones, cambios de rumbo, ilusiones y desengaños propios de un proceso de esta naturaleza, en el que todos convergen contra el estado de cosas existente, pero no todos coinciden en el proyecto del porvenir.

La revolución, nacida de abajo, sin direcciones ni jerarquías, sintetizó en una consigna su significado profundo: *Nosotros somos el pueblo*. Era el reclamo de la soberanía popular, la restitución del derecho del pueblo a gobernarse, el repudio a medio siglo de interdicción y tutelaje, el anhelo incontenible de libertad. El Estado totalitario se mostró desmantelado e impotente para controlar la fuerza desatada de la masa, dueña de la calle y desde la calle del poder. La rapidez del proceso impidió que de allí surgiera una organización, o la pureza de intenciones de los revolucionarios, que se negaban a sustituir con una nueva coyunda partidista u otra forma de intermediación y tutela del pueblo al aparato de dominación abatido. Los partidos que habían cohabitado con el grupo gobernante se apresuraron a llenar ese vacío, renovando su programa y sus dirigentes. Otros partidos surgieron, entre ellos el socialdemócrata, pero sin que el corto plazo permitiera desplazar las maquinarias aceitadas y expertas, en particular la de la democracia cristiana. Esta circunstancia marcó el inicio del cambio de rumbo en el proceso revolucionario. Y ello explica que los iniciadores, los opositores de la primera hora, estén hoy reducidos a grupos marginales.

Pero el factor decisivo del viraje, del paso de la revolución democrática a otro estadio, fue la presencia del problema nacional. En un cierto momento la consigna inicial se transformó, señalando nítidamente el cambio operado por la de *nosotros somos un pueblo*.

Hasta entonces ni en el este ni en el oeste se había hablado de la reunificación de Alemania como reconstitución de un solo Estado en un término breve, sino de una fórmula confederativa, que per-

mitiera la coexistencia de dos Estados alemanes, con sus particularidades y rasgos propios, pero bajo comunes normas democráticas, en la apertura de un proceso de aproximación que probablemente llevaría en el futuro a la unión federal bajo el techo de una Europa integrada. Es decir, primero Europa y luego la unidad alemana, o recordando a Thomas Mann, una Alemania europea y no una Europa alemana.

Las cosas se precipitaron y tomaron un camino irreversible, sobre todo desde que el canciller Helmut Kohl intervino directamente en las manifestaciones estealemanas y ofreció lo que fue la gran bandera en las elecciones del 18 de marzo: el marco alemán occidental, el D-Mark. Contra la fuerza de atracción de la moneda dura, que se mostraba como panacea para todos los males de la economía y la sociedad de la RDA, qué podían hacer los argumentos de intelectuales e idealistas empeñados en que lo que conviene a la humanidad de hoy, acuciada por problemas que amenazan su subsistencia, no es retrasar el reloj para retornar a la hora de los nacionalismos. Günter Grass, el gran escritor, relata cómo al descender en la estación principal de Hamburgo, un joven lo atacó al grito de "traidor a la patria", por ser el abogado de las ideas humanistas y haber indicado reiteradamente el peligro de una nación de ochenta millones de habitantes, el primer poder económico de Europa, elevada a la condición de potencia mundial, si se recae en fórmulas del pasado que por dos veces en el mismo siglo llevaron al mundo al borde de la catástrofe¹.

Stefan Heym, uno de los precursores, lo dice de otro modo:

Cuando se observa el pasado alemán hay por lo menos una apariencia de justificación, al tratar con extraordinario cuidado este pueblo singular, que vive aquí en el centro de Europa y siempre suscita algunos interrogantes que obligan a ocuparse de él, interrogantes incómodos; o son los alemanes demasiado malos o demasiado buenos o demasiado laboriosos o demasiado esto o demasiado lo otro, pero siempre demasiado, siempre un poco demasiado mucho. Esto es, se podría decir, una desgracia histórica estos alemanes, que a todas partes han

1. Günter Grass, *Kurse Rede Eines vaterlandslosen Gesellen*, Luchterhand, Frankfurt, 1990.

llegado demasiado tarde y cuando han llegado, de manera demasiado radical².

Dos intelectuales, uno del este y otro del oeste, conciden en estas voces pesimistas sobre una perspectiva alemana orientada hacia la conformación de otra superpotencia.

¿Predominará la corriente nacionalista con su impulso de expansión económica y política hacia el origen europeo y su arrogancia de gran potencia o la tradición liberal y humanista anclada en la idea de Europa? Una Europa que sea la casa común desde el Atlántico hasta los Urales, un continente en el que se destierre para siempre la posibilidad de una guerra y con su enorme potencial pueda contribuir a la solución de los problemas globales de la humanidad: la pobreza, el deterioro del medio ambiente, la insostenible carga de la deuda del Tercer Mundo, el comercio y consumo de drogas, la amenaza del desastre nuclear.

El estallido de conflictos regionales y la proliferación de nacionalismos extremos se asoman como las nuevas terribles amenazas, una vez lograda la distensión entre el este y el oeste y desaparecido el fantasma comunista. El nacionalismo ruso, en donde surgen movimientos con ribetes fascistas de las cenizas del estalinismo, los nacionalismos agresivos de algunos países árabes, el nacionalismo defensivo de Israel, los nacionalismos disolventes en Yugoslavia y los Balcanes, para citar algunos de los más exaltados, pueden llevar en cualquier momento a un conflicto imprevisible.

¿Habría que agregar a esa compleja situación el interrogante alemán? Nosotros preferimos creer que no será así y que la razón predominará sobre el irracionalismo en la patria de Goethe.

Los desarrollos posteriores a la unión monetaria, económica y social no han hecho sino confirmar los presagios sobre los efectos desastrosos que tendría sobre la ya estancada economía de la RDA, pasando de la ineficiencia a la bancarrota y de la pobreza a la miseria. Contra el criterio de los expertos y la opinión de vastos sectores políticos, prevaleció el afán del canciller Kohl por la unión rápida y el interés del gran capital por camppear sobre las ruinas de la Alemania Oriental. Millones de desempleados, miles de empresas

2. Stefan Heym, *Rede, Dokumente Einer Revolution*, NBI, 1990.

cerradas, la agricultura en penuria, un balance desolador apenas a dos meses de la unión monetaria. Era previsible que esta economía no resistiera un tratamiento de choque tan brutal como el ensayado hasta ahora. Algunos hablan de la "destrucción creadora", una teoría para justificar el arrasamiento de una economía ineficiente para partir de cero. Como después de una guerra. Esto puede ser cierto desde un punto de vista estrictamente económico, pero no tiene en cuenta las deplorables secuelas sociales y los peligrosos efectos políticos que tal estrategia entraña. Es precisamente el clima creado por esta situación el que propicia la formación de grupos extremistas, el terrorismo y los sentimientos de odiosidad al extranjero, chovinismo y frustraciones que son aprovechadas por demagogos con la más grosera y primitiva ideología. No sólo Alemania Federal sino toda Europa tienen que participar en la reconstrucción económica de la antigua RDA, para garantizar que ella se cumpla en un período razonable y despejar así el panorama.

Hasta ahora se ha realizado la primera fase de un proceso que se inició hace apenas un año. A partir de las elecciones generales y la constitución del primer gobierno pangermano se abrirá una nueva etapa en la carga y tormentosa historia del pueblo alemán. Que en ella se construya un modelo distinto al del fracasado "real-socialismo" despótico y burocrático, y al capitalismo salvaje, es la aspiración de nobles espíritus de las dos partes de Alemania y sin duda fue la causa inicial de la revolución pacífica: un estado socialdemocrático y liberal.

Los intereses de la América Latina y en general de los países del Tercer Mundo también se entrelazan con lo que ocurre en Alemania y en Europa. Para bien o para mal, nos afectarán de alguna manera en un mundo cada día más estrechamente intercomunicado y en donde, como lo anotábamos, los problemas son cada vez más globales y por ello requieren también respuestas globales. Sin la cooperación de los países más avanzados y ricos no será posible que hagamos frente a nuestros grandes problemas, muchos de los cuales se han originado en esos mismos países y paradójicamente en relación con el gigantesco desarrollo técnico y científico de las últimas décadas. Aquí desearía recoger las palabras de Willy Brandt, elocuentes por sí solas:

Yo quisiera una Europa que creciera unida y que reconociera su responsabilidad por otras partes del mundo. Estamos todos enfrentados a problemas globales: subdesarrollo,

riesgos ecológicos, desenfrenado crecimiento de la población mundial, para mencionar sólo algunos. Existe el temor de que se haga una concentración de recursos económicos en los países de Europa oriental y que nosotros hagamos menos por la solución de los problemas globales. Pero estamos advertidos, porque destrucciones del medio en otras partes del mundo, por ejemplo, se devuelven contra nosotros. No debemos aislarnos, sino asumir la corresponsabilidad alemana y europea por otras partes del mundo³.

¿Es una tercera vía, de progreso económico y justicia social, paz y solidaridad internacional con los países débiles. Estado de derecho y democracia, otra utopía? El ejemplo de algunos países que ya han ensayado con éxito una fórmula semejante indica que ella es posible. No se trata de copiar modelos surgidos de realidades distintas, pero sí, en un mundo que se angosta constantemente, la experiencia de otras naciones debe ser útil para el propio desarrollo. Y no sobra insistir en que ya es ilusorio pensar, entrados en esta época planetaria, que los problemas enormes que se plantean al mundo, y sobre todo al mundo subdesarrollado, puedan ser resueltos a escala local o regional. Muchos de ellos exigirán un esfuerzo conjunto de la comunidad internacional y toda la cooperación creciente entre las naciones grandes y pequeñas.

La caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, es una fecha clave en la historia moderna de Alemania, de Europa y del mundo; es un día de libertad. Es el fin de doce años de totalitarismo nazi, de la guerra mundial, la guerra fría, y 45 años de estalinismo. En fin, de cerca de seis décadas de intolerancia y dictadura. El nuevo capítulo de la historia que comienza a escribirse concierne no sólo a los alemanes, de una u otra manera afecta a toda la humanidad.

3. Die Junge Welt, 2 de febrero de 1990.